

Espere y lo verá

El último caso del doctor Russi

JAVIER RIVEROS

Penguin Random House, Bogotá, 2019, 209 pp.

HABRÍA QUE leer esta novela dos veces, porque la primera sentada le secuestra al lector la voluntad y lo enreda en el ímpetu de las historias de policías criollos, de periodistas algo carroñeros y de malandros finos; y la segunda ojeada sería para disfrutar la astucia de la trama, el humor paranoico, el lenguaje, los personajes y la atmósfera de una Santafé de Bogotá de finales del siglo XIX, azotada por los delitos más insólitos.

El señor Matute trabaja para el diario *El Santafereño* en la sección de judiciales y es el encargado de contar las historias rojas que ocurren en la provincia bogotana: una serie de robos y asesinatos misteriosos ejecutados por las mismas manos primorosas de quienes escriben las irónicas esquelas perfumadas en las que anuncian, o se adjudican, los atracos a los ricos locales.

Matute tiene acceso más allá de los zaguanes gracias a su clase, su herencia y su alma aventurera. Frecuenta además “la meca del chisme y la habladuría, actividad que en el pomposo castellano de Santafé había sido designada como tertulia” (p. 134). Está bien informado, y con sus ojos recreamos la ciudad de entonces, la de los aristócratas presumidos con ínfulas de cosmopolitas y sabidos, los artesanos de las Sociedades Democráticas, el chapetón vendedor de ultramarinos, los indios y labriegos de chichas bulliciosas, los curas, los esclavos, los prostíbulos visitados a la par que las iglesias, las plazas de mercado...

Para ambientar la historia, Riveros hace un hurto menor, un guiño: la primera crónica de Matute se titula “Custodia o la emparedada”. Pero después de esta reminiscencia, trae al escenario los casos policiales ciudadanos protagonizados por la Compañía de Ladrones, liderada en apariencia por el llamado “gallardo bandolero”, compañía elegante en sus métodos y despiadada en sus cometidos, un azote que mantiene en vilo a la policía, al ejército, a los periodistas y a la asustadiza ciudad

de bruma, corpiño, sacoleva y ruana. Porque debajo de las nieblas gélidas de una “ciudad”, en apariencia tediosa y encerrada, pasan cosas.

El ajiaco espeso de delitos varios, que no se pueden adelantar en la reseña, está sazonado con historias de amor y de amistad, aderezado con pequeñas intromisiones de estampas de costumbres que calan bien en la trama y la eslabonan. Está también, como componente interesante y como sello personal del escritor, que dejó atrás su profesión de periodista, la competencia entre *El Santafereño* y *El Cachaco* para contarle al público, “una bestia sedienta de atrocidades y desgracias”, el acontecer bajo esas tardes lluviosas de los Andes. Riveros aprovecha para sacar al aire las tripas de ese oficio que no parece disgustarle tanto, aunque transpire un cierto tufillo de molestia con sus intrínquilis, negocios y motivos.

Aunque el narrador está ubicado dos siglos atrás, el escritor consigue equilibrio en un lenguaje que no tiene carga de afectación decimonónica ni rípios; pero no descuida tampoco la vigencia del humor en los calambures y ocurrencias bogotanos que perviven, y es también precavido en la escogencia de conceptos y palabras que no lo traicionen desde el presente. Es obvio que el escritor estudió a fondo el siglo XIX en incursiones a las hemerotecas y en andanzas por las callejuelas aún supérstites de nuestro barrio antiguo, por las plazas y comercios, la veintena de iglesias, las parroquias, los museos y, seguramente, la casa de los parientes que no se han atrevido a regalar los muebles de brocados o las jofainas, micas y palanganas ancestrales.

Los personajes en *El último caso del doctor Russi* podrían haber sido caricaturas: el policía vividor que sablea al periodista, el cónsul extranjero que acepta un duelo a muerte, el dueño del periódico y su tipógrafo borracho, el rector del seminario, el general Morcilla, la bella de la aldea, el crápula de Russi... pero no. Con la mano de un preciso ilustrador de expediciones, Riveros transforma el esbozo de sus protagonistas principales o menores en especímenes vivos, con un par de adjetivos y la ayuda de unos diálogos naturales y acabados que tienen voces propias, vericuetos, especificidad dramática lograda. No

hay clichés, dirían los periodistas. Y ya sabemos que en castellano los diálogos suelen ser un reto, lo que le aporta otro mérito a la obra.

Y con esos ingredientes, Riveros logra una magnífica novela que se lee como una de policías y ladrones. Hay crímenes, sospechas, intereses, tapujos, velocidad, suspenso, investigaciones a ritmo de coche de caballos y rumores. Nada es completamente obvio o predecible. Hay ingenio y un entretenimiento juguetón enmarcado en un lenguaje y una trama bien pensados, llenos de un sentido del humor socarrón que se agradece.

Si esta es la primera novela publicada por Javier Riveros, no es ciertamente su primera incursión en la escritura y esperamos que no sea la última. Se intuye que con el formato de “novela policíaca”, sin aparentes pretensiones, en su maduro texto otro hace lo mismo que una de las beldades bogotanas de la historia cuyas argucias Matute describe así: “El velo le cubría la cabeza con sencillez estudiada ante el espejo [...]”. Así es su estilo.

Ignacio Zuleta Lleras